

# Niños y niñas jornaleros de México: los rostros de una infancia invisibilizada

Valentina Glockner Fagetti\*

Conforme avanzamos, la carretera se va haciendo más estrecha. Dejamos atrás las pequeñas pero ostentosas urbes, metamorfosis de otrora prósperos pueblos ganaderos y agrícolas. Como el pavimento que reviste la carretera, el paisaje se va haciendo más precario. Lleno también aquí y allá de “baches” manifestados en basureros, tiraderos de llantas, depósitos de chatarra, puestos clandestinos donde se vende diesel ordeñado de los ductos de Pemex, changarros tipo miscelánea cuya presencia por las noches ilumina un foco rojo.

Atrás van quedando las ínfulas de ciudad con sus múltiples boutiques de última moda, las estéticas, las zapaterías, los comercios que no obstante siguen vendiendo productos para el campo, la propaganda electoral de rubias candidatas que despliegan sus pomposos apellidos de alcurnia local como único recurso y mensaje; el McDonald’s y el Aurrerá injertados en el fértil paisaje. En las afueras, el burdo contraste entre las chabolas y los incompletos y lujosos fraccionamientos semivacíos, con fastuosas entradas de cantera, vistosas fuentes y amplios jardines; se antoja como el juego ingenioso de algún arquitecto surrealista. “Sospechosas las casitas, ¿verdad?”, me dice quien va conmigo en el auto.

Luego de los dos o tres kilómetros que dura la intrincada transición entramos en la ciénega, una de las zonas más fértiles del país, que hasta finales del siglo XIX todavía se encontraba bajo las aguas del Lago de Chapala. La carretera se convierte en una serpentina lengua de pavimento, que corre sobre un paisaje empeñosamente trazado y ordenado por la mano humana. La presencia de la arquitectura se va haciendo cada vez más intermitente, hasta que se transforma en una esporádica sucesión de enormes invernaderos de plástico en cuyo interior se adivina la sombra de enormes plantas de jitomate.

Me sorprende no ver una sola persona, un solo campesino, un solo tractor en esos cientos de hectáreas que se extienden hasta resbalar por el horizonte o toparse con uno de los cerros azulados que se funden con las faldas brumosas del cielo. Los surcos limpios y simétricos, las parcelas “acolchadas” con tiras de plástico para conservar el calor y los estanques prontos para el riego descartan la posibilidad del abandono. Seguimos rodando. Varios minutos y kilómetros más adelante los campos empiezan a verse sembrados de atareados jornaleros, inconfundibles con

\* Maestra en Ciencias Antropológicas (Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa). En 2007 su tesis de licenciatura ganó los premios nacionales de antropología “Luis González y González” de El Colegio de Michoacán y el “Fray Bernardino de Sahagún” del Instituto Nacional de Antropología e Historia. En 2008 fue publicada con el título *De la montaña a la frontera: identidad, representaciones sociales y migración de los niños mixtecos de Guerrero*. Su desempeño profesional ha estado íntimamente relacionado con la fotografía y el audiovisual, habiendo desarrollado distintos proyectos en México, Bolivia y Perú que le han valido cuatro premios de fotografía.

sus pesadas cubetas sobre la cabeza o atadas a la cintura. Grupos pequeños de jornaleros que marchan paralelos a la carretera, enfundados en sudaderas, paliacates, gorras, dobles pantalones y siempre una sudadera más para protegerse del sol y del calor. Su presencia nos indica que ya estamos cerca. Pronto los dejamos atrás y salimos de la carretera para entrar a Yurécuaro.

Entramos con el vehículo a una calle surcada por un camellón preciosista celosamente cuidado, donde los jornaleros no tienen permitido sentarse a descansar luego de la extenuante jornada porque “afean” el lugar y desde el cual un grupo de jóvenes locales que han acumulado una colección de cascos vacíos de cerveza intentan llamar nuestra atención lanzando gritos que fingimos no escuchar.

Al final de la calle principal un tren que parece interminable se desliza perezoso, soltando chillidos que asemejan reclamos. De vez en cuando, en los trenes que corren hacia el norte se ven pasar, encaramados en los vagones, a los exhaustos migrantes sud y centro americanos que con expresión exangüe analizan la posibilidad de bajarse para comer algo, ir al baño y descansar un poco en tierra firme. Algunas decenas de vagones van marcados con leyendas en chino, transportan las toneladas de mercancías baratas que han terminado con las oportunidades de trabajo para todos esos miles de migrantes que se aferran al tren como si se tratara del último soplo de vida. Que como fantasmas recorren nuestro país buscando cruzar una impredecible frontera que se prolonga por más de dos mil kilómetros.

Ese día hay tianguis y eso es buena señal, me dicen. Significa que los jornaleros no han parado de llegar. Doblamos en la siguiente esquina para adentrarnos en las calles de Yurécuaro y otra vez la sensación de confusión y desconcierto se debe a la inverosímil coexistencia de lujosas casas de tres pisos con herrería forjada y cochera, propiedad de algún migrante o empresario agrícola local, con las deformes fachadas de ladrillo que dan paso a las cuarterías donde viven hacinadas las familias jornaleras. Entramos en la “cuartería azul”, que hace poco todavía se usaba como porqueriza y donde ahora se amontonan hasta treinta familias en cuartos que no tienen más de cuatro metros cuadrados. Aprovechando al máximo el espacio, las familias tienden mecates de lado a lado donde cuelgan la ropa, las cobijas y los petates que por la noche cubren el suelo para dormir. Los pocos trastes que llevan consigo penden de los ennegrecidos muros.

Uno o dos lavaderos, uno o dos baños y un par de toneles de agua son la codiciada propiedad común y deben ser compartidos por los hasta doscientos hombres, mujeres, ancianos, niños y niñas que en el pico de la temporada alta se aglomeran en esta cuartería.

Un grupo de niños, suspicaces primero, eufóricos después, sale a nuestro encuentro. La mayoría indígenas mixtecos, purépechas, tlapanecos, nahuas y otomís. Vienen de todas partes del país: Jalisco, Hidalgo, San Luis Potosí, Guanajuato, Guerrero y Michoacán. Dueños del lugar durante las largas jornadas que sus papás pasan trabajando en la cosecha de la temporada, distraen el hambre y pasan las horas jugando y peleando, entrando y saliendo de la cuartería, gritando y corriendo con los hermanitos llorosos a cuestas o bamboleándose en destartadas carreolas.

Es difícil ser optimista cuando se estudia la migración interna. Cada una de las experiencias narradas por los jornaleros es más dura que la siguiente. Parece no haber tregua, y se tendría que ser ciego o algo más que estúpido, para no constatar y sentir uno mismo la zozobra por la incertidumbre, la precariedad y el abuso incesantes que los acompañan. Es así. No hay espacio, mucho menos necesidad, de dramatizar.

Martín me cuenta que anoche le robaron su bicicleta. Se la había comprado usada en un taller después de dos días de “jale” intensivo en la cosecha del jitomate. “Me costó doscientos, pero me la tuve que comprar más chiquita porque no me alcanzó para una de mi tamaño. Dos días me duró nomás”, dice con rostro apesadumbrado.

Rufino interrumpe nuestra plática con un sabroso bostezo. La noche anterior se despertó a la una de la madrugada para alistarse y poder embarcarse en el camión de redilas con los demás jornaleros camino a los campos. A las diez ya estaban listos para entrar a cosechar pero tuvieron que esperar hasta la una de la tarde a que los surcos empantanados por las lluvias secaran un poco. Trabajar en el lodo es casi imposible y, desde luego, mucho más cansado. “Nomás se me quedan mis huaraches en el lodo, luego ya no los puedo sacar”. Me cuenta que el campero les pagó sólo 110 pesos de los 140 que les tenía que haber dado y que les prometió. “De por sí así hacen, roban a los personas pues”. A las seis de la tarde sus ojos están vidriosos y cansados. Hay que descansar para estar listos al día siguiente. La cosecha empieza a escasear y lo más probable es que llenar el camión tome unas ocho o nueve horas, en las que se trabaja sin descanso y sin comer.

Isabel tiene trece años y trabaja a la par de los adultos desde los ocho, apenas fue capaz de cargar el bote lleno de jitomates. “Orita venimos porque mi hermano va a casar”, relata con un tímido hilo de voz. La familia entera, incluidas dos hermanas de 15 y 18 que han vuelto al hogar paterno luego de que sus jóvenes maridos se marcharan a Estados Unidos, dejándolas abandonadas y con tres hijos, debe participar en el trabajo jornalero para reunir lo más pronto posible la suma de dinero que les permita enfrentar los gastos de la boda de su hermano, de apenas catorce años.

La participación de los niños en el trabajo jornalero es fundamental para la supervivencia familiar. Algunos como Rufino, de diez años de edad, lo hacen gustosos y orgullosos de verse capaces de emular a los adultos en fuerza, destreza y capacidad; de poder ganar autonomía y aprender un oficio desde chicos. Otros como Martín, que tiene doce, lo hacen porque en su pueblo no hay trabajo y porque le gusta ganar el dinero que les permite ayudar a su mamá con los gastos, ahorrar algo para que la hermanita que se quedó en su pueblo no tenga hambre y, de paso, comprarse sus *maruchan* y jugar en las maquinitas. Otros más, como Isabel, trabajan porque no hay otra opción. La posibilidad del estudio ha sido negada por los padres primero, y por la itinerancia y la precariedad que caracterizan a la migración jornalera después.

Pero en Yurécuaro el panorama es todavía más complejo, pues al hacinamiento, el abuso y la explotación que constituyen ya el *sine qua non* del trabajo jornalero, se añaden otros graves pormenores. Entre ellos un constante hostigamiento por parte de la policía local que considera a los jornaleros, en el mejor de los casos, como un problema que cada tanto vuelve a aparecer, o bien como si todos fueran potenciales delincuentes. Amparados por la ausencia de autoridades o instancias que los defiendan, los policías cometen toda clase de abusos contra ellos: desde no dejarlos descansar ni un minuto en espacios donde los habitantes locales hacen escándalo y consumen bebidas alcohólicas sin mayor problema, hasta detenerlos y golpearlos brutalmente por encontrarlos en estado de ebriedad mientras a unos cuantos metros un jovencito del pueblo vende drogas a plena luz del día.

Éste es precisamente uno de los problemas más preocupantes. La asombrosa disponibilidad de todo tipo de drogas y la facilidad con la que los jovencitos y los niños acceden a ellas. Aquí la “lucha” contra el narcotráfico pareciera un lejano mito. Niños de apenas nueve o diez años, deslumbrados por la vida de desenfreno y libertad que se abre ante ellos ahora que trabajan como adultos y que han dejado sus pueblos, y con ellos la vigilancia, la protección y la sanción de su comunidad; se esconden en obras negras y terrenos baldíos para fumar marihuana o consumir drogas sintéticas. Los padres no se dan cuenta o no saben qué hacer. Algunos han caído ellos mismos en el vicio y están ausentes buena parte de lo que queda del día.

Son las ocho o nueve de la noche y Martín se acerca caminando despacio por el estrecho pasillo en penumbras que es el único espacio al aire libre en la cuartería donde vive. Su mira-

da enrojecida se pierde buscando mi rostro y con voz embotada me pregunta mi nombre, a pesar de que ya nos conocemos desde hace varios días. Pocos instantes después de él, llega hasta nosotros el olor de mariguana entremezclada con *raidolito*. Detrás de la puerta que Martín dejó entreabierta al salir veo sentado sobre los tablones que le sirven de cama y único mobiliario a Black, un joven purépecha de veintidos años que dejó a su familia para ganarse solo el dinero que les permita sobrevivir. Todos los días trabaja de ocho a diez horas sin descanso como *guacalero*, es decir, cargador. Su labor consiste en estibar y cargar las cajas de chile, pepino o jitomate que van llenando los cortadores para sacarlas del campo y llevarlas hasta donde se encuentran estacionados los camiones. Son entre 150 y 300 metros los que hay que recorrer corriendo con una carga de entre 160 y 180 kilos sobre la espalda que no se aguanta más de un minuto. “Yo pa’ qué le voy a mentir, sí tengo el vicio pues, no le voy a decir que no. Pero yo nomás aquí solito tomo, no molesto a nadie, nomás pa’ olvidar la soledá que siento. Diario tomo, diario fumo. Ya a la mañana siguiente me encomiendo con dios pa’ que me de fuerzas y que no me quiebre yo un hueso... ahí con lo duro que está el jale voy sudando la cruda”.

Sabemos por cifras de la Secretaría de Trabajo y Previsión Social, probablemente ya obsoletas por su antigüedad, que tan sólo en las plantaciones de exportación del norte del país se calcula que trabajan aproximadamente 900 000 niños jornaleros, que representan casi 27% del total de la fuerza de trabajo en este sector. Proporción que en los campos meloneros de Michoacán llega a representar hasta 55% del total de la mano de obra (Martínez, 2005). En el 2007, el presidente de la Comisión de Desarrollo Rural del Senado calculaba que la cifra total de niños jornaleros en México podría situarse alrededor de los 3 millones 400 000 niños (Pérez, 2007), la mayoría originarios de las regiones indígenas y/o rurales de los estados de Oaxaca y Guerrero.

Estos niños, que son sometidos a jornadas laborales que en ocasiones superan las ocho horas y que muchas veces no reciben un salario porque su paga es incluida en la raya de sus padres, tienen una tasa de mortandad que supera 24.4% a la media nacional (Sedesol/Unicef, 2006), a causa de infecciones gastrointestinales y respiratorias que bien podrían curarse o prevenirse con atenciones médicas y servicios higiénicos básicos; o bien porque su inmadurez fisiológica los hace mucho más vulnerables a los efectos nocivos de los agroquímicos. Desgraciadamente, a esto todavía debemos añadir los no poco frecuentes accidentes a los que los niños están expuestos en los campos debido a una convivencia cotidiana con maquinaria, camiones y herramientas, que varias veces les han costado la vida.

Tan sólo en una temporada en los campos de Sinaloa, periodistas del *Excélsior* registraron el fallecimiento de 30 menores de edad (Turati, 2007). Sin embargo, normalmente estos casos no son dados a conocer debido a las presiones y amenazas que los dueños de las empresas o los contratistas hacen a los padres de los menores, normalmente indígenas monolingües, de que no volverán a encontrar trabajo en ningún campo de la región, forzándolos a firmar arreglos particulares donde eximen a la empresa de toda responsabilidad y aceptan indemnizaciones económicas completamente arbitrarias e injustas (Ocampo, 2007).

El hecho de que al día de hoy no contemos con una estadística certera que nos de cuenta del número de jornaleros agrícolas migrantes que hay en nuestro país, nos habla no sólo de una enorme falta de capacidad y voluntad política para atender a este importante sector de nuestra población, sino de un deliberado intento de hacer invisibles a quienes constituyen hoy los más marginados, maltratados y pauperizados individuos de nuestra sociedad.

Este ensayo fotográfico pretende, por lo tanto, mostrar los rostros de estos niños jornaleros, a quienes tantas veces intentan hacerlos invisibles. Mostrarlos no sólo en el contexto de su trabajo, sino en el marco de su vida cotidiana, tanto en sus comunidades de origen como en los

distintos espacios que habitan y contribuyen a construir durante sus recorridos. Es fundamental, si pretendemos llamarnos una sociedad democrática, saber de su existencia. Conocer sus expresiones, la métrica de sus sonrisas, la belleza de sus miradas y las huellas que el trabajo y una existencia itinerante dejan en sus cuerpos.

### Bibliografía

Martínez, Ernesto, "Niños, 55% de trabajadores en campos meloneros de Michoacán", en *La Jornada*, México, 17 de junio de 2005.

Ocampo, Sergio, "En México no se cumple la ley sobre trabajo infantil: relator de la ONU", en *La Jornada*, México, 7 de marzo de 2007.

Pérez, Matilde, "Exige la CNC a agroempresarios afiliar a labriegos al IMSS", en *La Jornada*, México, 18 de junio de 2007.

Sedesol/Unicef, *Diagnóstico sobre la condición social de las niñas y niños migrantes internos, hijos de jornaleros agrícolas*, México, Sedesol/Unicef, 2006.

Turati, Marcela, Laura Toribio y Lucía Irabién, "La muerte se empaca en guacales", en *Excélsior*, México, 27 de junio de 2007.



Silverio



Estela



Ana Karen y su metate



Paulino



Maribel





Martina



Labores domésticas



Héctor



Máscaras de muertos



Carolina



José Julián



Chela y Ángela



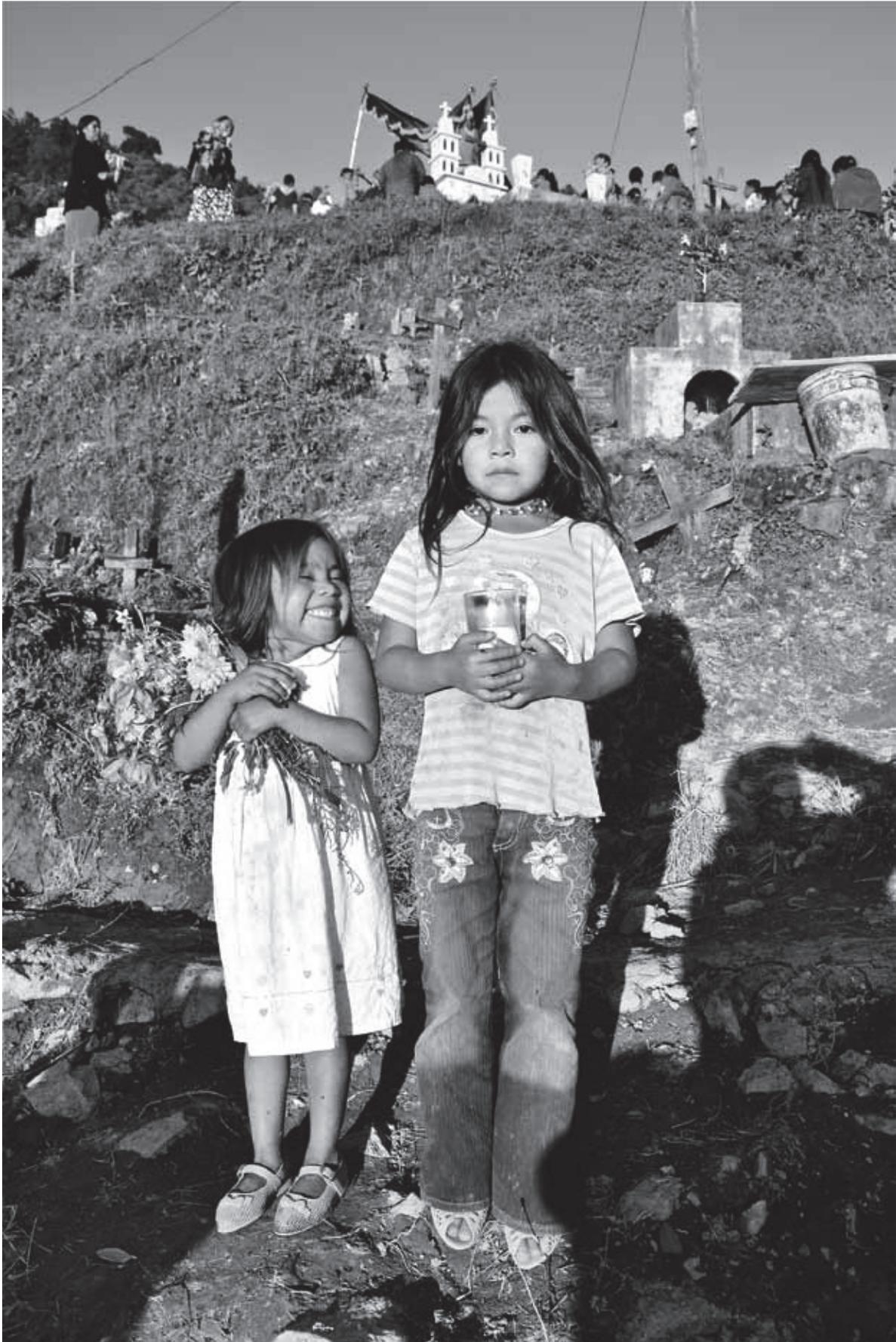
Valentina y Sandra, jornaleras



Ricardo



Lucas



Despidiendo a los difuntitos